Así es que, cuando el Sr. Jiménez se apodera de una de esas verdades del orden metafísico que son como otras tantas piedras angulares en que se apoya el edificio de la Filosofía, le vemos asirse á ella, cual si temiese que hubiera de escapársele, como se apodera un náufrago de la tabla que ha de salvarle; y dueño de esa idea la proclama en voz muy alta, como para que el eco de sus palabras pueda llenar el inmenso vacío de su corazón

Jiménez, filósofo espiritualista, y más todavía, filósofo católico, quería que la idea de Dios, la de la Providencia, la de la Inmortalidad del alma, permanecieran eternamente grabadas en el fondo de la conciencia humana. Para él, como para los filósofos cristianos, las ideas de inmensidad, de lo infinito, que no puede tener su origen en la sensibilidad eterná, son una demostración del origen divino y de los altos destinos de la humanidad.

Así dice en alguna parte: «Por poco que observemos los fenómenos interiores, y analicemos las facultades de nuestra alma; por poco, en una palabra, que estudiemos al hombre, encontraremos que hay en él ideas que no ha podido adquirir por los sentidos, como la de inmensidad, eternidad, perfección, infinito.....

"¿Qué podemos inferir de aquí? Cada uno inferirá lo que más cuadre á sus opiniones ó á las doctrinas de su escuela; en cuanto á mí, sólo diré, que este hecho constante, universal é indisputable me parece un fundamento bastante sólido para asegurar que en la cabeza del hombre ha caído alguna chispa de luz, desprendida de lo más alto de los cielos." [1]

Y en otra parte: "Cuando mi razón me presenta la idea de lo infinito, aunque envuelta en las temibles sombras de un misterio pasmoso, y mi voluntad quiere aunque desfallecida y enfermiza, asirse, abrazarse, unirse á ese infinito, objeto eterno de sus sueños y congojas; entonces digo; tengo una convicción firmísima de que no encerrarán mi último destino las húmedas paredes de un sepulcro, y que la muerte, aunque aparezca más negra que la noche, no es en realidad mas que el crepúsculo de un día indefinible, silencioso, eterno,"

Del mismo modo las ideas de verdad y de bien, son para el Sr Jiménez, como para todos los filósofos de su escuela, inseparables de la idea del sér, ó lo que es lo mismo, de la idea de Dios en quien vienen á confundirse como en substancia única las ideas

<sup>(1)</sup> Pensamientos filosóficos página 8.

universales de verdad, de bondad y de belleza, según las doctrinas de Mr Cousin, (1) Así dice: "Las ideas de verdad y de bien son tan universales, como la idea de ente: en los cielos, en la tierra, en los espacios sin límites, en los abismos que ni la imaginación puede medir, en las regiones infinitas en que duermen los posibles; donde quiera se conciben la verdad y el bien, este mismo sér ocupando su lugar. Podríamos decir que la verdad y el bien son el sol que alumbra el eterno día de la vida," (2).

Las ideas del Sr. Jiménez acerca de la naturaleza del bien y del mal moral, están igualmente de acuerdo con las de la escuela metafísica, y vienen á ser como la consecuencia lógicamente deducida, de las doctrinas expuestas en los párrafos que acabamos de copiar. Las siguientes palabras parecen una página arrancada del célebre libro de Lamenais. (3)

"El hombre en medio de su limitación tiene un poder que poco llama la atención;

pero que en realidad es un poder terrible, el mayor poder que puede darse sobre la tierra: hablo del poder de obrar el bien ó el mal moral."

"Una acción moralmente buena, afirma el bien en sí mismo, éste al orden, el orden el sér, y el sér á Dios; por el contrario, una acción moralmente mala, niega el bien en sí mismo, esta negación supone la del orden, la del orden supone la del sér, y la negación del sér es la negación absoluta y completa de Dios; de manera que el hombre por el poder de obrar el bien ó el mal moral, tiene el poder de llegar á la afirmación más absoluta ó á la más absoluta negación; pero es preciso tener entendido, que llegando el hombre á la afirmación absoluta se ennoblece hasta donde puede ennoblecerse la criatura, y llegando á la absoluta negación se degrada, se envilece, se anonada más allá de donde es concebible; por medio de la negación absoluta, el hombre es todavía menos que la sombra fugitiva que se perdiera en los negros círculos de una obscuridad eterna."

Pero por muchas que fueran las aficiones del Sr. Jiménez á los estudios filosóficos y por más que al tratar estos arduos é intrincados problemas, se sintiese arrastrado, siguiendo las doctrinas de las escuelas

<sup>(1)</sup> Cousin. Curso de Filosofía sobre el fundamento de las ideas absolutas de lo verdadero, 'o bello y lo bueno.

<sup>[2]</sup> Pensamientos filosóficos página 23.

<sup>(3)</sup> Estas ideas son las mismas que expone Lamenais en el capítulo V, Parte 2 de su obra intitulada «La Indiferencia en materia religiosa,» obra que causó en su época tan profunda impresión en todos los hombres pensadores,

racionalistas á enaltecer el poder de la razón humana, y aun llegase muchas veces, á revelar en la angustiosa amargurade su palabra, que su espíritu se estremecía al sentir el soplo helado de la duda; por una reacción feliz volvía á los senderos de la fe y filósofo creyente, proclamaba por una par te, la dependencia de la razón humana, y por otra, la necesidad de la revelación.

Así dice: «Si la razón humana no tuviera por fundamento una razón superior, sería una cosa más inexplicable que el misterio más elevado. Y, en efecto, ¿cómo explicar la existencia de una chispa de luz, en medio de tinieblas impenetrables cuando no ha salido de mayor foco? Escasísima, pero eterna; impotente pero necesaria, sería á la vez lo relativo y lo absoluto, lo finito y lo infinito, es decir, y permítasenos la expresión, la síntesis de lo absurdo,"

"Los que han admitido la eternidad de la materia, tienen en mi concepto, más disculpa en su error, que los que de diversas maneras, y con frases estudiadas, proclaman la absoluta independencia, la infalibilidad de la raza humana."

Y poco antes: «La razón aunque infalible, podrán decir algunos, arroja escasa luz sobre el triste camino de la vida.»

"Sí, contestaría yo, porque su foco está

en el seno de la inmortalidad; el entendimiento no puede ver hasta allá, y de aquí la necesidad de la revelación que no es más que la palabra de la eternidad cayendo en el tiempo, y la de la fe que no es otra cosa que la adhesión del entendimiento á una razón superior, cuya luz clarísima no puede descubrir. (1)

Los párrafos transcriptos, tomados al acaso, son á nuestro juicio, bastantes para dar á conocer á nuestros lectores cuáles eran las doctrinas filosóficas profesadas por la persona á cuya memoria están consagradas estas líneas. Digamos ahora algunas breves palabras acerca de la forma literaria con que reviste sus pensamientos, concluyendo este desaliñado artículo con una noticia de las pocas obras que dejó escritas. de vigor, Suestilo cortado y algunas seces

## cums excritores dranceses, modernos, que conci de los buenos III itores españoles e Conociendo securamentos esta propen

sion suya a encertan en cade frase un pen-Lo que á nuestro juicio caracteriza el estilo del Sr. Jiménez, es el vigor del pensamiento y la energía de la expresión. Su es. tilo, con ser en lo general correcto, no se hace notar ni por la fluidez de la frase, ni de las doctrinas, como lo p

<sup>[1]</sup> Ibid página 15.

por la gallardía de la forma. Se descubre en él más al hombre pensador que al literato: todavía más, en nuestro humilde sentir, el Sr. Jiménez no tenía cualidades de escritor. Faltábale el arte de distribuir sus pensamientos, en un trabajo de alguna extensión; sus transiciones eran muchas veces bruscas y la tensión de espíritu en que mantiene á sus lectores, no puede durar mucho tiempo, bajo pena de hacer caer el estilo en lo trivial y amanerado. Abusaba, también, de lo que los franceses llaman pathos, es decir, de la pasión ó de las figuras que sirven para expresar el sufrimiento.

Mas en cambio de estos leves defectos, podemos notar en sus escritos profundidad de pensamiento, originalidad de concepción, corrección de estilo y una imaginación llena de vigor. Su estilo cortado y algunas veces duro tiene más afinidad con el estilo de algunos escritores franceses modernos, que con el de los buenos escritores españoles.

Conociendo seguramente esta propen sión suya á encerrar en cada frase un pensamiento, prefería dar á sus escritos una forma sentenciosa más bien que expositiva. Sin embargo, cuando el asunto lo requería, solía emplear un estilo más llano y más acomodado á la simple exposición de las doctrinas, como lo prueban sus "Lec-

ciones de Filosofía" que quedaron inéditas, y que probablemente se han perdido para siempre, y algunos otros escritos suyos que conservamos.

Hay, no obstante, algunas frases en las cuales la profundidad del pensamiento va unida á una gran belleza de expresión, y que podrían parangonarse con las que havan salido de las plumas mejor cortadas.

Citaremos el siguiente trozo:

«Hay un río cuyas aguas mansas corren por arenoso desierto bajo un sol ardiente y triste.»

«Ninguna flor nace en sus márgenes: el ligero viento de la tarde no riza sus ondas, las aves no han entonados allí sus melodiosos cantares, no se han escuchado siquiera los murmullos misteriosos de la soledad.»

«Triste, silencioso, monótono atraviesa un espacio inmenso para desembocar en un oceano desconocido de donde nadie ha vuel-

«Este es el río de la vida.»

«Todos los días son parecidos: unas horas suceden á otras con desesperante regularidad; cansa el trabajo, el ocio engendra fastidio, los placeres dejan en pos de sí remordimientos crueles, los dolores destrozan el corazón.»

«Y el alma, experimentando un malestar

in-such

indefinible, en medio del vacío que la circunda, se consume en deseos de encontrar lo infinito.

«¿Dónde está ese cielo en que soñábamos siendo niños? ¿dónde esos horizontes en que el alma se baña en olas de infinita alegría? ¿dónde esa atmósfera pura en que sólo se respira felicidad?»

La filosofía responde que todo eso existe, pero que para llegar á ello es preciso atravesar el tenebroso sendero del sepulcro.»

«Y, sin embargo, yo he visto rostros serenos que reflejan los rayos de una alegría celestial.

«Yo he visto miradas puras que revelan la paz del corazón.»

«He visto en días de infortunio y de negra tristeza elevar los ojos con una expresión sublime de amor y resignación.

«¿Cómo explicará esto la filosofía.»

De esta manera demostraba el autor de los Pensamientos Filosóficos su creencia en la virtud. Oigámosle en otra parte:

¿Qué es la vida, dice, para la generalidad de los hombres?

Es un sueño fatigoso y desigual, entrecortado por risas estrepitosas, hondos suspiros, llanto y algazara.

«Para algunos es una agonía dolorosa, se mejante, si es lícita la comparación, á la agonía del Cristo en el Huerto de los olivos.

«Para otros es la vida el sombrío carnaval del infierno.

«Pero el filósofo debe ver la vida como los israelitas veían el camino que habría de conducirles á la tierra prometida, es decir como la condición de la libertad y la dicha.

«El camino de la vida es muchas veces, arido y escabroso, no se encuentra en él esa nube que durante la noche alumbraba á los hijos de Jacob y que en el día les libraba de los ardores del sol; pero en cambio, si nuestros pies se sangran, si nuestros ojos se humedecen, sabemos que el sacrificio ennoblece y que son bienaventurados los que lloran.»

Pero el estilo del Sr. Jiménez sobresale como lo hicimos notar al principio, cuando expresa un solo pensamiento, generalmente profundo, empleando un tono sentencio so. Sirvan de ejemplo estos breves y hermosísimos pasajes, que nos recuerdan las conocidas palabras de Pascal, ó las más sombrías páginas de Lamenais.

«¡Oh hombre!, dice en alguna parte, ¿cómo siendo un átomo reflejas en tu luz todos los soles? dime ¿cómo siendo una sombra te cir-

una inteligrencia más clara y protanda y una

«¿Qué es la muerte?»

«El desvanecimiento temible é instantáneo del espíritu cuando levantándose una ola del tiempo, lo lanza á los mares insondables de la eternidad.»

La emoción, como hemos dicho desde el principio, es siempre sincera y nunca ficticia. En sus palabras revela las angustias que expresa, que le atormentan y las esperanzas que abrigaba de que sus gritos de dolor no se perderían en el vacío. El quería que la idea de Dios, que resplandecía en el interior de su alma, iluminando con sus dorados resplandores los senderos de la vida, brillase también en el fondo de todas las conciencias. Así al tratar en una de sus lecciones de la cuestión tan debatida en la Filosofía, sobre el origen de las ideas, dice:

«Vemos lo que aparece y tratamos de saber lo que es: conocemos apenas los principios de una ciencia y ya vemos con enojo la impenetrable obscuridad de sus arcanos; tocando con planta vacilante los umbrales del templo del saber, quisiéramos penetrar en el santuario y tocar la divinidad que sólo los sacerdotes contemplan de cerca. Si se nos concediesen algunos grados más de inteligencia, y tuviésemos algún mayor conocimiento de los objetos, desearíamos tener una inteligencia más clara y profunda y una

ciencia más cabal. Si nuestra inteligencia fuera tan vasta como puede serlo la del hombre más privilegiado, y nuestra ciencia perfecta hasta donde fuera posible; aspiraríamos á la ciencia universal y desearíamos sumergirnos en el piélago de luz que brota de la verdad soberana.»

«Esta misma aspiración se manifiesta en el sentimiento y en la voluntad.»

«Contemplad, señores, en una de esas noches en que parece que lo mirada de Dios ilumina el mundo, contemplad la bóveda de los cielos: millones de estrellas brillan como cirios, con luz vivísima: muchas otras tienen un resplandor pálido, parecen piedras preciosas colocadas entre lámparas brillantes; aquí se encuentran apiñadas formando caprichosas figuras; por allá parecen simé. tricamente puestas en los puntos de la extensión señalados por el gran Géometra del mundo. Reflexionando que esos soles nacieron con el tiempo, que han visto pasar mi llares de generaciones, y verán pasar la nuestra, arrojando sobre los venideros la misma luz que hirió las pupilas del primer hombre; comparando con esa eterna inmovilidad la fugacidad de la vida, los sueños del amor, los delirios de la ambición, las hazañas de los héroes, los sucesos que han llenado el mundo de espanto ó admiración:

entregaos á todas las reflexiones que os inspire esa noche, mensajera amorosa de los grandezas del Creador; y sentiréis que vuestros ojos se humedecen, que vuestro corazón palpita dominado por una grata emoción, que vuestra alma traspasa el mundo conocido para entrar en las regiones ilimitadas en que se armonizan la imagina. ción, el sentimiento y la razón.»

«Sí, es incuestionable, digan lo que quieran los materialistas, que el alma sueña con otro mundo, y presiente la existencia de hermosos horizontes, bañados con luz indeficiente, no de otra manera que el que hubiera nacido entre cadenas y bajo el lóbrego techo de un calabozo, al ver un pálido rayo del sol ardoroso, adivinaría la existencia de una vida mejor, y suspiraría por la libertad aunque no conociese su nombre.»(1)

Y más adelante:

«Señores: cualesquiera que sean nuestros errores, y aunque la luz de la fe se extinguiese, por desgracia en nuestra alma, nunca jamás negaremos al Gran Sér; si su augusto nombre está escrito con caracteres de fuego en la bóveda de los cielos, está

grabado también en todo nuestro sér, de una manera no menos imborrable. Nos ilumina, nos habla, sentimos su presencia. ¡Sér de los séres, bendito sea tu nombre incomunicable!»

Así termina esta lección. l'ablicé manbién el Sr. Jandary des Brata-

## is sentilled the ine in VI in sobried and the in destributy to appropriate de les ciemples

El Sr. Jiménez, además de numerosos artículos sobre asuntos de pura imaginación, escribió un Curso de Filosofía que sólo sirvió para la enseñanza de sus discípulos y que se ha perdido. Más adelante, sintiéndose en el Colegio la necesidad de un tratado corto y puramente elemental para los alumnos que no siguiendo la carrera científica, necesitaban adquirir algunas nociones del arte de pensar, por encargo del autor de estas líneas, escribió sus lecciones de Gramática, Ideología y Lógica, siguiendo en lo posible el plan del Sr. Obispo Munguía, en su obra intitulada "Del pensamiento y su enunciación." La corta extensión de esta obra permitió que se imprimiese en la tipografía del hospicio de esta ciudad, y hoy son muy raros los ejemplares que de ella que una sola liment clourso tal como quedo and

<sup>11]</sup> Lecciones de Gramática, Ideología y Lógica. dadas en el Colegio de Orizaba. Lección 9 d. Razón y experienando el mundo de espando o admirantesia

También se publicaron en la tipografía del Ferrocarril en el año de 1871, en un tomito de 46 páginas, sus "Pensamientos Filosóficos" que antes se habían insertado en las columnas de periódico literario intitulado «El Renacimiento.»

Publicó también el Sr. Jiménez dos tratados de Gramática Castellana, notables por la sencillez del método, la sobriedad de la doctrina y lo apropiado de los ejemplos. Estos breves tratados merecen estudiarse por las personas que se dedican á la primera enseñanza.

La primera de estas obras, esto es el Curso de Filosofía, como es fácil comprenderlo, no es una obra original en cuanto á las ideas que contiene. Es más bien el compendio de las mejores doctrinas de la escuela ecléctica, en su mayor parte tomadas de una obra intitulada «Curso de Filosofía por una sociedad de literatos.»

Esto no obstante, la conceptuamos de bastante mérito, porque todas las cuestiones principales de la Filosofía elemental, están expuestas en ella, con perfecta inteligencia del asunto, notable claridad y estilo acomodado al desarrollo intelectual de los alumnos. Es notable, además, por no haber escrito el Sr. Jiménez, por su propia mano ni una sola línea; el curso tal como quedó, fué dictado por él á sus discípulos en las horas de clase, tal vez por este motivo no conservó ningún ejemplar.

Acerca de los Pensamientos Filosóficos, creemos haber dicho lo bastante, y aun nos hemos permitido copiar largos trozos que servirán para que nuestros lectores formen juicio por sí mismos de la importancia y el mérito de este trabajo.

Sólo nos resta añadir que el Sr. Jiménez, enemigo de toda ostentación, evitaba la publicidad. Era demasiado modesto para aspirar á ocupar un puesto que creía no corresponderle, en la literatura nacional. Por eso destruyé la mayor parte de sus trabajos literarios, y si sobre Filosofía dejó algo escrito, fué porque para él, escribir sobre estos asuntos que constantemente le preocupaban, era una necesidad para dar alguna forma á las ideas que sin cesar agitaban su mente y formaban el continuo tormento de su vida. Por lo demás, nunca hubiera llegado á imaginarse que esas tristes páginas que contienen todas las amarguras de su alma, llegasen á salir del olvido á que las creía condenadas.

Hemos pagado en estas breves líneas un tributo sincero de amistad á la memoria de una persona con quien vivimos unidos desde nuestra niñez por una constante comuni-

cación de ideas y de sentimientos, y á quien este Colegio de Orizaba debió mucho. A pesar de que disentiamos de sus opiniones en muchos puntos capitales, reconocimos siempre en el Sr. Jiménez, una capacidad intelectual notable, un carácter noble y levantado, incapaz de degradarse con ninguna acción mezquina. Creemos sinceramente que en otro teatro y en otras circunstancias, hubiera sido capaz de fijar la atención de todas las personas amantes de las letras y aficionadas á los estudios filosóficos. Tocóle vivir pobre, obscuro y desconocido. Justo es que los que fuimos amigos suyos, tratemos de dar á conocer sus méritos ignorados y las amarguras de una vida que pudo haber sido tan fecunda, en bien de sus conciudadanos.

Hemos procurado, no obstante, en estos ligeros apuntes, ser verídicos en la relación de los hechos, imparciales en la emisión de nuestro juicio. Si no lo hemos conseguido del todo, si hay algo de erróneo en nuestras apreciaciones ó de apasionado en nuestros elogios, téngase presente, para que nos sirva de disculpa, que el sentimiento de la amistad, aun sin quererlo nosotros, ofusca algún tanto nuestra vista y no nos permite ver ciertas imperfecciones que otros pudieran acaso descubrir. De todas mane-

ras, nos alienta la esperanza de que las personas que conocieron al Sr. Jiménez, aquellos discípulos suyos que hoy figuran en nuestra sociedad como miembros escogidos de ella, leerán con gusto estos breves renglones, que evocarán en su mente tantos recuerdos dormidos, tantas memorias no del todo olvidadas, pero algo obscurecidas por el paso de los años, de la edad tal vez más venturosa de su vida.

Orizaba, Enero 15 de 1886.

